IMA Instituto para el Modelo Argentino

propuestas para un proyecto argentino

ISO SUTERH Instituto Superior Octubre

Publicación del Instituto para el Modelo Argentino Año II Nº19

Basavilbaso 1378, 3º "H" - (54 11) 4328 3923 - www.sitioima.com.ar - correo@sitioima.com.ar

APAGANDO EL INCENDIO

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

Debemos menos deuda externa, estamos menos condicionados por los organismos multilaterales, acumulamos reservas que impiden corridas cambiarias, hay menos pobres, menos indigentes, menos desocupados y a pesar de que se pretende utilizar la inflación como disciplinador ya se han firmado 358 CCT.

ALEJANDRO ELIAS



Este ejemplar acompaña la edición de Página/12 del 1º de agosto de 2005

O SE LEGITIMA EL PODER O SE PIERDE EL PODER

POR ALFREDO CARAZO *

La historia política del país, tomando como beneficio de inventario las desestabilizaciones cívico-militares, se nutre de avances y retrocesos, como en la vida misma.

En política lo importante es saber primero lo que no se quiere, para poder discutir después lo que hay que hacer. Aunque no termine de definirse claramente, podría aceptarse que no queremos más de lo mismo. Es un reclamo que viene de abajo. Casi tan silencioso que no son muchos los políticos con oídos afinados a las demandas populares. Es más que aquel "**que se vayan todos**", porque tiene aristas definitivas, concluyentes. No queremos más entrega del país, de los recursos naturales, de la cultura, de la educación, de la salud. No queremos más miseria, pobreza, exclusión, violencia social, indignidad. Si eso se traduce en un programa de gobierno, bien; de lo contrario habrá que seguir buscando el horizonte.

En octubre se vota eso y no otra cosa. Hasta la hora de las urnas, que felizmente no están guardadas, se puede hacer política por la negativa, por el absurdo y hasta por sospecha, pero cada vez que no se apueste a lo positivo se estará perdiendo un tranco en el camino de alcanzar la democracia real, esa que supera desde el juego de las ideas y de la participación, el mero expediente de una elección dominguera, que casi siempre se tiñe de opción.

Exigir que los candidatos a legisladores tengan propuestas aparece como un claro intento de desviar la atención de los electores, para confundirlos como tantas otras veces se ha hecho, para captar votos. Una elección legislativa significa un reacomodamiento de las fuerzas políticas del país. Oficialismo y oposición defienden sus propuestas pero no desde las individualidades. Las propuestas del oficialismo se están ejecutando y en todo caso necesita asegurarse que la voluntad popular lo siga acompañando. Es legítimo entonces que el presidente Néstor Kirchner les pida a los argentinos que apuesten a la política lanzada hace dos años –la mitad de su mandato– y será el Gobierno el destinatario del mensaje de las urnas el 23 de octubre. Es legítimo también que la oposición –cualquiera fuera su legitimación ideológica–, que aparece con una percepción más difusa que clara, apunte a la crítica de las políticas de gobierno, porque tiene derecho a mirar la realidad desde un prisma distinto. Pero sostener como propuesta que todo está mal es lo mismo que afirmar que el Congreso no funciona y postularse para una banca de diputado o senador. La doble moral perjudica tanto a la política como la inmoralidad.

Lo que está en juego de aquí a octubre es determinar si se quiere legitimar en el origen al presidente Néstor Kirchner y su propuesta política en marcha, o se le da la espalda. Si se trata de un plebiscito o no es un tecnicismo sobre el que no merece la pena detenerse. Hace unos años, los argentinos no tuvimos posibilidad de ser categóricos y desde allí no hubo oportunidad alguna de enmendar esa circunstancia. Si la expresión popular fuera negativa ahora, estaríamos retrocediendo más atrás que al inicio de la crisis –que no hay que olvidar para que no se repitan errores– porque nos anclaríamos a la década del '90, que algunos sectores del establishment añoran sobre todo por sus jugosos negociados.

Es la década en la que una caminata por la residencia de Olivos derivó en un pacto por el tercer senador nacional para la minoría, entre otras cosas. También entonces se argumentó sobre la hegemonía de un partido y también entonces se mentaba la gobernabilidad, advirtiéndose sobre el peligro de actitudes desestabilizadoras. En la Argentina hubo desestabilización cuando el país político todo –no una parte, generalmente adjudicada al peronismo– desertó, no supo defender la democracia y prefirió ningunearla. En el fondo, no son pocos los que hacen profesión de fe democrática, pero abjuran de ella a diario. Son los autoritarios que miran la paja en el ojo ajeno.

Gerhard Schröder, el canciller alemán, no es un político débil de un país débil y poco serio. Pero unas elecciones parciales que su partido socialdemócrata perdiera en el sur de su país lo impulsaron a convencer al presidente Horst Köhler –anterior director ejecutivo del FMI– para que se convocara a elecciones generales. Y disolvió el Bundestag, con el argumento de que "**ante los desafíos actuales Alemania requiere un gobierno con una mayoría sólida**". Parece que por estas playas estamos convencidos para beneficio propio de que es posible gobernar sin una "**mayoría sólida**" y apostamos a la atomización.

PABLO PIOVANO



La historia política del país, tomando como beneficio de inventario las desestabilizaciones cívico-militares, se nutre de avances y retrocesos, como en la vida misma. Se construye con las organizaciones políticas y sociales, desde los aciertos y los errores de los hombres que las conducen. La Alianza tuvo que ver con el descenso a los infiernos del radicalismo, pero su sino habría que ubicarlo en el tiempo de su alvearización, todavía no superado. Y el peronismo tuvo su Alvear desde la impostura, aunque haya conservado su liturgia, trocando la justicia social por el neoliberalismo perverso. La izquierda tradicional también tiene lo suyo, aunque ahora se arrope de la nueva socialdemocracia. Y la derecha mucho más, nutriendo los desencuentros argentinos. Lo primero exigible hoy es cambiar la hipocresía del discurso por la decencia de vivir como se predica.

Un país distinto se está jugando todos los días. En los lugares más recónditos, en los territorios de la pobreza que lacera, de los niños y jóvenes sin futuro, de las madres sin familia, de los padres sin trabajo o con trabajo precario. No es una experiencia lúdica. El país es la naturaleza de su gente. De toda su gente y no sólo de los pocos que usufructúan de su riqueza. Y es desde allí desde donde discurre el nuevo modelo de país. Aunque todavía andemos por la superficie evadiendo el compromiso.

* *acarazo@sitioima.com.ar*

APAGANDO EL INCENDIO

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

Nadie duda que llevamos cincuenta años de caída brutal en la distribución de la riqueza, como tampoco respecto del efecto devastador que sobre los sueldos tuvo salir de la convertibilidad devaluando. Sin embargo, cuando los trabajadores empiezan a abandonar el miedo a la desocupación, y demandan la natural recomposición salarial pendiente, aparece el miedo a la inflación a modo de disciplinador social.

Durante el período de la actual administración ya se firmaron 358 convenios colectivos de trabajo que beneficiaron a más de 1,5 millón de trabajadores, conteniendo mejoras salariales y avances en las condiciones de trabajo, habiéndose concretado un importante y sostenido período de crecimiento del empleo, el más prolongado que conoce nuestro país desde hace más de un cuarto de siglo. Sin embargo, está claro que lograr la distribución de la riqueza, que los argentinos sabemos que se debe y puede lograr, demanda seguir avanzando y mucho aún.

La inflación como disciplinador

No deja de llamar la atención que cuando se ha retomado la saludable senda de la discusión paritaria, para pautar las franjas salariales, se discute la inflación, como desde hace tiempo no se hacía, denunciando el supuesto desborde salarial, que no es tal. Justamente empresarios –preponderantemente industriales– recurren a las autoridades para que les pongan techo a las demandas de los trabajadores, siendo que son los que habitualmente ponen el grito en el cielo cuando el Estado interviene controlando sus abusos.

En economías como la nuestra, en las que existen sectores monopólicos en rubros claves, se debe observar quiénes son los fijadores de precios, para verificar las verdaderas razones y responsabilidades. Si repasamos los productos de la canasta básica con fuerte incidencia en el índice de precios al consumidor, observamos que Mastellone concentra el 60 por ciento de las ventas de leche fresca; que en la yerba mate hay tres molinos industriales yerbateros que concentran el 50 por ciento del mercado; Coca-Cola y Pepsi-Cola concentran el 80 por ciento del mercado de gaseosas; el 50 por ciento de la producción de azúcar es controlado por 23 ingenios; Molinos controla el 60 por ciento del negocio de verduras, repartiéndose un 20 por ciento en pocas marcas y el resto en las marcas propias de las cadenas de supermercados; la venta de cigarrillos está monopolizada por dos multinacionales, Phillip Morris y British American Tobacco; en tanto que en esparcimiento la empresa dominante en conexiones de televisión y computación es TyC, cuya propiedad es compartida por Liberty Media (EE.UU.), Telefónica Contenidos (Telefónica España) y Avila Inversora, la que a su vez posee el 50 por ciento de Trisa (Tele Red Imagen) y TSC (Televisión Satelital Codificada) en sociedad con Clarín.

El discurso dominante en las últimas cinco décadas ha transitado por exteriorizar la preocupación para acabar con la inflación, sindicada como el principal mal argentino, que propone reducir el gasto público, no emitir moneda y congelar salarios.

Nuestro país fue incendiado por el modelo neoliberal, que lo llevó a insospechados niveles de marginación. Los niveles de desocupación, pobreza e indigencia que persisten acreditan que no es posible que el consumo popular pueda superar la oferta de bienes y servicios, demostrando de hecho que el aumento de precios obedece a la decisión de los formadores de precios que manejan un mercado altamente concentrado. Mercado que atribuye al incremento de los salarios el aumento de precios que genera, azuzando el fantasma de la inflación y el temor a ella, para no reducir su amplio margen de ganancias, negando preventivamente toda redistribución de riqueza por justa que fuera.



Modelo a desarmar

El modelo ha dejado el campo minado para obstruir y condicionar los intentos de cambiarlo. Nos domina culturalmente. Nos lleva a discutir instrumentos en lugar de las cuestiones de fondo. Nos convence que necesitamos de inversiones extranjeras porque somos pobres, que la verdadera libertad es la económica, que los formadores de precios son los empresarios globales exitosos, que los empresarios no pueden aumentar salarios porque invierten la rentabilidad en mayor productividad; que si los trabajadores no ganamos más es porque no somos lo suficientemente capaces. Aunque nunca matan la esperanza, ya que reiteran que algún día el derrame de lo que les sobre a los que se merecen lo que poseen nos llegará.

No satisfechos con la propalación cotidiana de las bondades de sus valores, cuentan con instrumentos para el disciplinamiento social y de los gobiernos. La deuda externa crónica, el FMI, el Banco Mundial, el Tribunal Arbitral, la competencia de juzgados extraterritoriales son algunos de los utilizados para doblegar nuestra voluntad. La exclusión, los altos niveles de desocupación, la devaluación y la inflación completan su marco ordenador.

Es importante que como sociedad podamos advertir el conjunto de herramientas a que apela esta raza superior, la de los poseedores, ya que la lógica mediática concentrada apela a la amnesia colectiva como mejor método para seguir medrando.

Volviendo a armonizar

Néstor Kirchner priorizó la resolución del endeudamiento externo argentino, reduciendo en 67.000 millones de dólares la acreencia de los bonistas privados, utilizando parte del superávit para ir cancelando la deuda con el Fondo Monetario Internacional. Lo objetivo es que hoy debemos menos y estamos menos condicionados por los organismos multilaterales de crédito.

Negociar con los prestadores de los servicios públicos privatizados ha requerido considerar y sortear las demandas que por incumplimiento de los contratos firmados en los noventa nos han iniciado en el Tribunal Arbitral Internacional, al que propios y extraños aceptaron someternos.

Si bien es atendible la postura de quienes pretenden una más pronta respuesta a la pobreza e indigencia que –aunque menor a la de la época de la devaluación– aún persiste en niveles importantes, acumular 12.000 millones de dólares como reservas internacionales ha permitido mantener en caja al otro fantasma disciplinador, la devaluación de nuestro signo monetario. Los avances producidos en las políticas sociales son innegables, se ha logrado que haya menos pobres, menos indigentes, menos desempleados, mejorándose los salarios mínimos de activos y jubilados en forma sustantiva. A la vez que disminuyó el riesgo o probabilidad que enfrenta una persona de caer en la pobreza. Todo lo que patentiza una constante búsqueda de la armonía que, valiosa sin duda, constituye apenas una mínima base para reconstruir la Nación que estuvieron a punto de arrebatarnos.

Mientras sobreviven los estertores de lo que podemos denominar la vieja política, la que traicionó sus raíces, que se caracteriza por la diatriba, la descalificación del otro, la ausencia de propuestas, la lucha por los cargos y el poder por el poder. La nueva –a construir colectivamente, asumiendo la propia identidad– es la que debe retomar el pensamiento estratégico, luchando por la idea, postergando las disidencias no sustantivas para concentrarse con madurez y conciencia nacional en los acuerdos que permitan consolidar lo mejor de lo hecho, rectificar lo enmendable, adicionar lo pendiente y consolidar el camino que los argentinos necesitamos profundizar. De lo que se trata es de concertar los "ideales" con los "intereses", concretando el Proyecto Nacional pendiente, el de la Justicia Social.

** jdilorenzo@sitioima.com.ar*

LOS DESAFÍOS QUE DEBEMOS ENFRENTAR JUNTOS

POR MERCEDES MARCÓ DEL PONT *

Si demostramos que pudimos salir adelante contrariando la perversa lógica del pensamiento convencional que nos presagiaba el infierno, ¿cómo ahora no vamos a poder avanzar hacia la consolidación de una Nación desarrollada?

La economía argentina ha venido creciendo en los últimos dos años y medio a tasas asiáticas, generando más de 2.000.000 de nuevos empleos, acumulando reservas internacionales por más de 12.000 millones de dólares, obteniendo superávit fiscal y externo. A esto hay que sumarle una industria que está funcionando a pleno de su capacidad instalada. Sin embargo no ignoramos que todavía está pendiente una enorme deuda social.

Pudimos hacerlo a pesar de los contrapesos permanentes del Fondo Monetario Internacional –que lejos de ser una solución, continúa siendo una parte sustancial de nuestros problemas– y de la quinta columna de la ortodoxia local que intentaron reinstalar en nuestra sociedad la agenda del ajuste, creando permanentemente expectativas negativas ante la mínima circunstancia adversa: esa agenda que nos llevó indiscutiblemente a la crisis más profunda de nuestra historia.

Nuestro país avanzó a partir de nuestras propias fuerzas, con nuestros propios ahorros, es más: efectuando cuantiosos pagos netos a los organismos internacionales. Esto fue posible a partir de un rol fundamental de los pequeños y medianos empresarios que desempolvaron las máquinas, desatesoraron sus ahorros y se pusieron a trabajar generando una parte sustancial de la inversión y el empleo.

Si demostramos que pudimos salir adelante contrariando la perversa lógica del pensamiento convencional que nos presagiaba el infierno en caso de no convalidar generalizados aumentos de las tarifas de las empresas privatizadas u ofrecíamos una propuesta "**atractiva**" a los acreedores externos aun a costa de comprometer nuestro futuro o concretábamos rápida e incondicionalmente un acuerdo con el FMI, **¿cómo ahora no vamos a poder avanzar hacia la consolidación de una Nación desarrollada?**

Hoy existen indudablemente consensos acerca de qué sociedad aspiramos a construir los argentinos. Una sociedad donde el mejor negocio sea la producción y la generación de empleo, y no la especulación. Una sociedad donde el salario deje de ser la permanente variable de ajuste de las políticas macroeconómicas y asuma el rol de motor del mercado interno. Un país donde nuestras provincias y nuestras regiones tengan viabilidad económica y donde no exista una subordinación pasiva a los mandatos del capital financiero local y externo. Pero, fundamentalmente, una Nación donde la totalidad de los argentinos sean parte del proyecto y dejen de estar librados a un derrame que sabemos claramente que nunca llega si no se fuerzan los cambios y se adoptan las políticas necesarias.

Para hacerlo posible debemos trabajar por la consolidación de otro proyecto, por la construcción de una sociedad desarrollada con inclusión social y oportunidades de progreso para todos. Esto requiere la adopción de un paradigma industrial moderno, con una burguesía empresaria progresista, donde el trabajo vuelva a ser el factor de integración social, donde el eje de la integración regional gire en torno del objetivo de la industrialización y donde el ahorro y el mercado interno sean la plataforma del desarrollo a partir de una distribución más justa de los frutos del crecimiento.

El desarrollo, la integración social y económica de todo nuestro territorio y la búsqueda de un papel de liderazgo en el concierto de las naciones es lo que aportará a la realización de lo que hoy, todavía, parece una utopía.

** Candidata a diputada nacional por el Frente para la Victoria.*

CON EL PERONISMO NO ALCANZA EL PROYECTO NACIONAL ES DE TOD

POR CÉSAR LITVIN *

La Argentina y los argentinos vivimos en un mundo globalizado que no perdona los intentos de autonomía, que no tolera los proyectos nacionales y populares

Con el peronismo no alcanza. En realidad, nunca alcanzó. La vocación frentista y el carácter movimientista del peronismo son casi tan antiguos como su propia existencia. Por eso la afirmación de Cristina Fernández se inscribe en la mejor tradición política peronista. Está dirigida a recordárselo a algunos sectores del justicialismo que prefieren replegarse sobre sí mismos. Y para reafirmar públicamente la relación que Néstor Kirchner estableció desde su llegada al Gobierno con vastos sectores de las clases medias que se sintieron convocados.

En sus comienzos Perón carecía de estructura, a punto tal que en el arranque la tomó prestada del Partido Laborista. Tan aluvional como su presentación en sociedad, sus primeros dirigentes provenían del radicalismo, del socialismo, del conservadurismo, del nacionalismo. Con la clase trabajadora como base de sustentación, el paso del tiempo fue perfilando una identidad peronista propia, asociada a la adhesión y lealtad a Perón, a Eva Perón y al ideario justicialista, sustentado en las banderas de Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política.

Después del golpe de 1955, y al calor de su prohibición y de las acciones de la Resistencia, para el peronismo se inició una nueva etapa. También para diversos sectores, de un arco ideológico que incluía desde la izquierda extrema al nacionalismo católico, que comenzaron a revisar sus posiciones respecto del peronismo y de su fundador. La incorporación a las filas del movimiento de Octubre de vastos sectores juveniles en las décadas del ‘60 y ‘70 es parte de ese fenómeno.

En 1973, se constituyó el **FREJULI** (Frente Justicialista de Liberación), integrado por el peronismo, el frondicismo, el

SANDRA CARTASSO



conservadurismo popular, los nacionalistas y una fracción socialista. En 1985, cuando Antonio Cafiero encabezó el Frente Renovador, por fuera de la estructura justicialista oficial, llevó en sus listas a dirigentes de otros partidos, entre ellos al recordado Carlos Auyero, proveniente de la democracia cristiana. El Frente para la Victoria resulta un heredero de esa saga.

Sin embargo, el país ha cambiado. Tiene poco que ver con la Argentina de posguerra. Se establecieron nuevos paradigmas en materia de derechos humanos. Se multiplicaron las minorías culturales. Los problemas, aun siendo los mismos, son otros. El hambre, la pobreza, la marginalidad y la desocupación actuales tienen causas diferentes a las que presentaba la Argentina de los años ’30 ó ’40. Son el resultado de un modelo de exclusión, que se impuso a sangre y fuego a partir de 1976 y que la democracia recuperada en 1983 no pudo, no supo, y en algunos casos tampoco quiso erradicar.

Después de la hiperinflación que el alfonsinismo nos legó, el menemismo, en nombre del peronismo, fue el autor del “**milagro de los noventa**”, que terminó, en un pobre acto de ilusionismo, con un trágico fin de fiesta en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001.

La Alianza también fue un intento frentista. Pero, más allá de cuáles hayan sido las intenciones de algunos de sus integrantes, el producto resultó fallido. Su objetivo era pequeño. Ganarle al menemismo, al duhaldismo, o al peronismo si se prefiere, por necesario que haya sido, no podía ser el único aglutinante de las fuerzas que la constituyeron. Fuera de eso, quedó demostrado, no había nada. No había proyecto. Entonces, de manera irremediable la lógica de aquel gobierno quedó automáticamente incluida en la de otro proyecto: el modelo económico de los ’90. Esto explica finalmente por qué cuando las papas comenzaron a quemar, llamaron a un bombero que parecía salido de *Fahrenheit 451*: Domingo

Felipe Caval
las consecuer
La visión
marxista nac
México– sob
rece ser cons
**revolucionar
cumplir con
Proyecto Hi
bilidad objet
nes del régir
tucionalidad
b) tener un p
lleve progres
gimen estab
congruente
tórico (NPH
tuar en conf
órico, prácti**
La Argent
un mundo g
intentos de a
proyectos na
Por eso, el
dente para c
política, que
con una fuer
verso a la déc
ñado en las u
quecido por
que aspiren a
mente para t
Con el per
Frente tamp
co, una agen
caso que fuer
ción, explícit
los esfuerzos
les en una et
complejos de

Historias del Agustino

LA DISTRIBUCION

POR GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO

Claro que sí. Así fue en 1768, en la Argentina, luego de que los jesuitas fueran expulsados de las Misiones. *(El Agustino estaba respondiendo a la pregunta que formulara una perpleja Claudia al comienzo de la reunión habitual de los miércoles: ¿Ud. cree que es siquiera coherente lo que se afirma acontecido en la década de los ’90: que aumentó el Producto Bruto y empeoró el nivel de vida, o sea que a la vez aumentó la riqueza y aumentó la pobreza? ¿Cómo es posible? ¿Sucedió alguna vez algo igual en la Argentina?)*

Sí que sucedió. Sí que es posible. Hagamos un esfuerzo de reconstrucción. *(Se dispuso a exponer.)*

1. Reconstruyendo

Luego del “**proyecto de país**” de los Habitantes de la Tierra que abarcó –para nuestro análisis– por lo menos desde 600 d. C., llegan los conquistadores, 1536, y establecen el segundo proyecto de país, el de la Argentina hispana o colonial, que durará 300 años. En un momento coexistente con éste surge en 1600 el extraño, definido y poco tenido en cuenta proyecto de la República Cristiana, que se extiende hasta el año de la expulsión en 1768. No es poco en nuestra historia un proyecto que dura 170 años. *(Hizo una breve pausa como para dar tiempo a sus oyentes y siguió: Les pido que me excusen por la repetición de datos que ya fueron expuestos en nuestras reuniones pero que hoy apuntan a debatir otros aspectos. Seré breve.)*

Rasgos de este proyecto: La idea central es que el reino de Dios es posible en la tierra y se puede alcanzar con cualquier pueblo. En este caso los indígenas guaraníes. Se fundan 30 pueblos en el corazón fluvial de la Cuenca del Plata. Los jesuitas siempre supieron de geopolítica. Geopolítica es transformar una geografía para hacer posible una historia. *(Enfatizaba el Agustino.)* Dicho de otro modo: la creación de un escenario territorial para que el proyecto político, el proyecto de país, pueda
un decisivo eje geopolítico. *(¿No cree Ud
la pregunta inicial de Claudia?, apuntó A*

Me tienen que dejar terminar. Sean p
górico.) Ese proyecto, que es la única uto
creta: 30 pueblos florecen a la vera de lo
hace apetecible a los vecinos bandeirante
reses, tampoco toleran el diferente status
pueblos donde los indígenas no son escla
subsistencia y trabajo.

Recordaré además que los habitantes
en 1770 Buenos Aires no llegaba a los 2
8000. Se les respeta su identidad, su idi
cios, técnicas y artes, fabrican instrume
prenta, aprenden canto, religión, grama
Incluso construyen cañones para defend
de propiedad, de producción y de distr
nes crecieran y prosperaran. Y todo esto
en una mítica e imaginaria región del p
*convicción e intento de persuasión. Hasta
ro ¿qué pasó después?)*

Expulsados los jesuitas, que no eran m
cambiar. Después de la expulsión, debid
ducen, se produjeron disturbios y agitac
***“Pronto quedó claro que con el nuevo go
nimo subsistencial que hasta ese momen***

’
OS

o. Todavía estamos pagando
cias.
e Heinz Dieterich –teórico
do en Alemania y afincado en
e los procesos de cambio me-
derada: **“La necesidad de ser
o siempre ha significado
tres requisitos: a) tener un
tórico que demuestre la posi-
va de sustituir las institucio-
en establecido con una insti-
cualitativamente diferente;
rograma de transición que
vamente a la negación del ré-
ecido y, c) tener una praxis
on ese Nuevo Proyecto His-
) revolucionario, es decir, ac-
rmidad con el NPH en lo te-
o y ético”.**
na y los argentinos vivimos en
obalizado que no perdona los
tonomía, que no tolera los
ionales y populares.
esfuerzo que realiza el presi-
nstruir una sólida legitimidad
e permita seguir avanzando
a similar pero en sentido in-
ada del ’90, debe ser acompa-
rnas y al mismo tiempo enri-
l aporte de todos los sectores
vivir en un país verdadera-
dos.
onismo no alcanza. Con un
co. Un acuerdo programáti-
a común, si se prefiere. Sea el
, sólo un Proyecto de Na-
, no virtual, podrá orientar
políticos colectivos y persona-
pa que presenta múltiples y
safíos.

** clitvin@sitioima.com.ar*

LA BRECHA SOCIAL

POR MIGUEL ZANABRIA *

El sector agroindustrial acepta la recomposición salarial, los industriales la rechazan. Unos demandan bajar el gasto público, los otros –descontentos con el tipo de cambio– pretenden prebendas del Estado para invertir.

La dinámica de lo económico debiera ser suficiente para responder a los requerimientos de la sociedad. Son mínimas condiciones de vida que si no encuentran satisfacción en el modo de producción capitalista, deben ser respondidas por el Estado en nombre de la comunidad. La explicitación de esta “**deuda social**” se relaciona evidentemente con el juego político.

La brecha social, por el contrario, se produce cuando hay un brusco cambio que hace que el cumplimiento de la deuda social sea percibido como imposible. Así el grado de exigencia es mucho mayor porque está referenciado en una idea de justicia.

En el peor momento de la crisis la brecha social se manifestó en toda su dimensión. Los salarios reales habían perdido un cuarto de su valor con respecto a diciembre de 2001 y 450.000 trabajadores perdieron su trabajo. No es de extrañar que de un 28,9 por ciento de personas pobres, en octubre de 2000, se pasara al 54 por ciento en el mismo mes pero de dos años después, y que los indigentes pasaran de un 7,7 por ciento a un 24,7 por ciento, lo que los obligaba a acciones como aquella que horrorizara al mundo cuando fueron difundidas las imágenes del sacrificio de animales de un camión recién volcado en las cercanías de Rosario.

La mayoría pierde

La debacle llevó a un juego de suma negativa donde la mayoría perdía. El gobierno de transición hizo un diagnóstico correcto al imponer una doble indemnización que se constituyó capaz de detener la hemorragia de puestos de trabajo. No ocurrió lo mismo con la pérdida del poder adquisitivo de los salarios, a pesar de que a finales de 2002, hubo una recuperación de la actividad liderada por los sectores que sufrieron durante la convertibilidad y que por lo tanto fueron vector de crecimiento del empleo.

Crecimiento de la economía

Con un gobierno surgido de la voluntad popular, la estabilización del tipo de cambio, una política de firmeza en la negociación de la deuda externa y una política monetaria expansiva, llevan a la economía a tasas de crecimientos asiáticas. La recuperación produjo la generación de nuevos puestos de trabajo, acompañado de recomposiciones salariales de suma fija, con el contenido ético de proteger a los más vulnerables. También se apuntó –por iniciativa oficial– a la recomposición del salario mínimo en varias etapas, una medida criticada por los voceros del liberalismo, pero que permitió aumentos en el salario de los trabajadores en negro. Se lograba así reducir la brecha social, aunque sin lograr cerrarla.

El conflicto sobre el modelo de país

Cuando los actores sociales retornaron a la mesa de las discusiones, volvieron a cuestionar los aumentos de suma fija por parte del empresariado, con un guiño del Palacio de Hacienda, lo que abrió la puerta a la negociación colectiva, siempre considerado el camino más idóneo –sin descartar la regulación del Estado– hasta que aparece la inflación como problema casi excluyente.

Hasta ese momento, la inflación parecía más una manifestación de fuertes cambios de precios relativos, debido al rápido crecimiento. Pero a partir de diciembre se hace cada vez más visible la defensa de los márgenes de ganancia por parte de los empresarios, que hubieran podido absorber sin mayores inconvenientes los aumentos salariales, según lo indicó el propio Banco Central. Tal como el IMA viene señalando, los salarios inciden poco en los costos, pero temerosa de un rebrote inflacionario, es la autoridad del Banco Central la que se hace eco de las voces que desde el liberalismo exigen una política monetaria. El crecimiento sigue pero se hace cada vez menos generador de empleo. No hay duda de que los principales perjudicados por la inflación somos los trabajadores, pero el debate deja al descubierto la confrontación entre diversas visiones de país.

Por un lado, los sectores ligados al complejo agroindustrial no critican las recomposiciones salariales, sino que señalan al gasto público como la principal causa de la inflación. Si esto fuera cierto, el Gobierno debería, por ejemplo, dejar de lado los planes de infraestructura y la esperanza de acelerar la creación de empleo, para, manteniendo el mismo nivel de déficit, poder bajar las retenciones y aumentar sus ingresos. Algo casi suicida, si se tiene en cuenta que el aumento de los precios generados por la eliminación de las retenciones golpeará directamente sobre los bolsillos de los trabajadores, exacerbando la discusión salarial.

Por otro lado, los industriales, que no contentos con el tipo de cambio alto, rechazan las recomposiciones salariales y exigen prebendas del Estado para aumentar la inversión. La industria argentina no tiene un perfil exportador, y es casi imposible que logre revertir una realidad de décadas en el corto plazo. Paradójicamente, la resistencia a las recomposiciones salariales de la industria mercado internista llevará a desacelerar, aún más, al consumo y tendrán cada vez más dificultades para vender su producción. La serpiente se muerde su propia cola.

La explicitación de las estrategias tiene la ventaja de permitir una discusión, una y otra vez postergada sobre el país que queremos. La necesidad de ligar la dinámica del complejo agroindustrial con el resto del aparato productivo, el desarrollo de actividades productivas nodales y el cierre de la brecha social exigirán una presencia del Estado aún más activa en pos de la paz y la prosperidad.

** mzanabria@sitioima.com.ar*

concretarse. Aún hoy esa región es
*Agustino que se ha alejado mucho de
riana.)*

cientes. *(Solicitó y enseguida fue cate-*
ía realizada en Occidente, se con-
ríos. La riqueza que producen se
. Otros vecinos, por distintos inte-
social que tiene vigencia en esos
vos ni siervos y tienen garantizados

llegan a ser casi 100.000, cuando
5 mil y Córdoba no superaba los
ma, adquieren y desarrollan ofi-
tos musicales, construyen una im-
tica, astronomía y otros saberes.
erse de los mamelucos. El sistema
bución permitió que las poblacio-
sucedió en territorio argentino, no
aneta. *(Esto lo dijo el Agustino con
aquí lo recordado, señala Daniel, pe-*

ás de dos por pueblo, las cosas van a
a las modificaciones que se intro-
ón social en los 30 pueblos. Cito:
***bierno no estaba garantizado el mí-
o habían dispuesto los indígenas pa-
ra sus necesidades básicas”. “La expulsión de los jesuitas generó una fuerte reacción guaraní”.*** *(¿De quién es la cita?, inquirió Patricio.)*

2. Concluyendo

Lo diré luego de la siguiente cita, que es la respuesta a la pregunta inicial de Claudia. Costó mucho a las autoridades superar esa situación conflictiva. Pero aquí va el texto: “A fines de 1784, en el informe... Zavala [gobernador interino desde 1769], aun cuando reitera sus duras críticas a la Administración General, debe admitir que bajo la gestión de Lazcano [administrador general] –les pido atención para lo que sigue– la economía de los pueblos mejoró. Pero eso fue posible redoblando los castigos, incrementando las jornadas de trabajo, reduciendo las raciones y acortando el tiempo que los indígenas dedicaban a sus chacras particulares. El resultado fue una caída sustancial en el nivel de vida de los pueblos.” *(Eso no difiere de lo que hoy se llama flexibilización laboral: aumento de horas de trabajo sin pago extra, supresión de beneficios laborales, indefensión ante las sanciones y la explotación, desconocimiento de derechos adquiridos, con el consiguiente deterioro en el nivel de vida y reducción del consumo, enumeró Daniel, como si estuviera asombrado.)*

A eso precisamente quería llegar. Creo que es una clara respuesta a la pregunta inicial. El corazón del problema no radica en que aumenten la riqueza o la producción sino en cómo se la distribuye. *(Me gustaría saber cómo reaccionaron los indígenas ante esa situación, sugirió Esteban.)* Entonces completo la cita: “La respuesta guaraní no se hizo esperar: la fuga, forma primaria de resistencia, se tornó masiva”. *(¿Qué autor está citando?, insistió Patricio, y el Agustino lo satisfizo.)*

El número 6 de *IDEA VIVA Gaceta de Cultura*, Buenos Aires, junio de 2000, trae un artículo de Juan Luis Hernández bajo el título “Desobediencia y fuga. Estrategias guaraníes tras la expulsión de los jesuitas (1768-1799)” y la cita corresponde a la página 55. Quizá les pueda interesar este dato complementario del mismo texto: “Los 80.881 habitantes de 1772 se redujeron a 45.610 en 1801”. *(Si hay algo de tiempo me gustaría saber: si no había dinero, ¿cuál era el sistema económico de las Misiones Jesuíticas que pareció tan exitoso?, plantea Ricardo.)*

Mi información es limitada. Pero déjenme leer del texto de Ramón Tissera: *Actualidad de las Misiones Guaraníes*, publicado por la Universidad Nacional del Nordeste, en 1968, págs. 15 y 16:

“Las relaciones económicas internas de las misiones se desenvolvían mediante el trueque. El sistema no era sorpresa para los nativos. Con él se habían manejado desde su prehistoria. Pero lo importante es que la colonización lo perfeccionó para extenderlo a las nuevas y complejas formas de intercambio. La sencilla tabla de valores compensatorios regulaba desde los negocios de mayor volumen hasta los compromisos personales. El portentoso artificio del dinero... no existía en la vida misionera. Se lo había excluido deliberadamente”.

¿Va quedando en claro cómo era el sistema? *(Preguntó el Agustino y prosiguió:)*

“El trueque era la base de las finanzas. Por él comerciaban las ciudades entre sí, los habitantes en sus negociaciones privadas, la organización con sus abastecedores. Los sueldos, beneficios y subsidios se pagaban en especie. Quien deseaba adquirir debía producir el valor en su campo o en el taller”.

Por hoy parece suficiente. Y a propósito quiero señalar que cuando en 2002 y 2003 el pueblo argentino se vio despojado de bienes y dinero recurrió al trueque como la forma elemental y casi natural de funcionamiento económico. Porque lo importante es la distribución.

Y quiero recordar que una de las fuentes para elaborar un proyecto de país es la toma de conciencia sobre la propia experiencia histórica.

¿DESARROLLO EXPORTADOR O EXPORTACIONES EN DESARROLLO?

POR ANDRES MUSACCHIO *

La clave está en plantear lo externo en función de las necesidades internas: mejorar la distribución del ingreso, retener el excedente generado, crear puestos de trabajo.

De las ideas a los hechos

Una de las ideas más arraigadas hoy es aquella que entiende a la expansión de las exportaciones como el único camino para crecer. En esta perspectiva, lo conveniente sería especializarse en aquellos sectores con ventajas comparativas, tratando de insertarse de una manera laxa y eficiente en el comercio internacional. Esta interpretación ha predominado en la Argentina en las últimas décadas, constituyendo uno de los aspectos más influyentes en la reestructuración productiva. Es un discurso no siempre acompañado por políticas consecuentes. En muchos períodos, las exportaciones se vieron constreñidas por la especulación financiera, que desviaba recursos y distorsionaba la competitividad. De esa forma, algunos sectores, potencialmente rentables, no lograron desplegar su capacidad exportadora.

Crisis, devaluación y después...

Con un tipo de cambio favorable y activas negociaciones con otros países y bloques regionales para abrir mercados, se trató de fortalecer la inserción exportadora, buscando una confluencia del discurso y la política económica. En este marco, las retenciones no constituyeron una acción antiexportadora, sino que apuntaron a una mejor difusión de los resultados de la nueva política y a una mejor preservación de los equilibrios internos.

La diversificación regional de nuestro comercio no se complementó, sin embargo, con la búsqueda de una mayor amplitud sectorial. La ausencia de políticas sectoriales decididas delegó en el mercado la decisión de "**elegir**" las ramas exportadoras.

Los resultados obtenidos están en línea con las políticas. La estructura regional de nuestras exportaciones se ha modificado significativamente en los últimos años. Algunos socios tradicionales, como el Mercosur, han perdido peso relativo, mientras nuevos compradores irrumpieron en el horizonte, destacándose entre ellos algunos países asiáticos, especialmente China. Esto permitió un crecimiento moderado pero efectivo en las ventas de algunos productos, conjugado con una sostenida elevación de sus precios.

A la sombra del perejil

El crecimiento de las exportaciones deja ver, no obstante, su lado oscuro. Las ventajas comparativas estáticas de la Argentina se concentran en la explotación de recursos naturales, con una débil transformación por medio de procesos industriales. Por eso, la diversificación espacial no impulsó una diversificación sectorial. Las exportaciones siguen concentradas en un pequeño grupo de productos vinculados al complejo oleaginoso (soja, girasol, aceites y sus desperdicios), a los hidrocarburos y a algunos productos siderúrgicos y automotrices.

Se trata de productos cuya demanda internacional crece de manera comparativamente lenta y con fuertes fluctuaciones en sus precios. Tienen, además una alta relación capital-trabajo, en la mayoría de los casos no demandan altas inversiones y tienen una baja interrelación con otras actividades. Sobre ese contexto, deben marcarse algunos elementos adicionales para comprender mejor el panorama. En primer lugar, si se apunta a un crecimiento inducido por las exportaciones, no debe olvidarse que éstas representan alrededor de un 15 por ciento del PBI. Esto significa que para lograr un crecimiento razonable, las ventas externas tendrían que duplicarse cada cuatro años. En segundo término, se debe contar con un fuerte superávit comercial de largo plazo para solventar el pago de la deuda externa. Sin embargo, el crecimiento ha mostrado tener mayor impacto sobre las importaciones que sobre las exportaciones. Eso obligaría a deprimir el nivel de actividad o a admitir fuertes crisis periódicas de balance de pagos. En tercer término, el bajo contenido de empleo generaría una tasa de desempleo estructural demasiado alta y, en consecuencia, un gasto social elevado permanente.

Hacia un proyecto nacional

El equívoco subyacente en los lineamientos de inserción internacional predominantes es el de pensar las condiciones económicas y sociales desde las exportaciones, y no a la inversa. Las experiencias exportadoras exitosas revelan que la clave se encuentra en plantear lo externo en función de las propias necesidades internas. Sólo un modelo de desarrollo sólido permite sustentar adecuadamente las exportaciones.

Por otra parte, el desarrollo debe apuntar a solucionar los problemas socioeconómicos internos. Mejorar la distribución del ingreso, retener el excedente generado, crear puestos de trabajo de forma dinámica son objetivos fundamentales, que la mecánica exportadora planteada no soluciona.

Por eso, la discusión pendiente es el planteo de un modelo de desarrollo económico y social integral y de largo plazo. En él deben jugar un rol central políticas activas que apunten a un mayor contenido de trabajo en la producción, a una fuerte transformación tecnológica y a una diversificación de la producción con una interrelación más densa entre los diferentes actores.

* *amusacchio@sitioima.com.ar*

LA INTEGRACIÓN NO DEBE SER UN MERCADO AMPLIADO

Poner el Mercosur al servicio de nuestro desarrollo requiere implementar el control regional de las divisas, del excedente, de la alimentación, de las fuentes de energía, de la tecnología y de la información.

Aunque hayamos ingresado al siglo XXI, la fundamentación del Mercosur sigue construida sobre la idea de una inserción comercial en la economía mundial que obedece a la tradición de la economía política del siglo XVIII, cuando Adam Smith y David Ricardo sostenían que la ampliación del mercado y el intercambio posibilitarían mejorar la productividad mediante una mayor división social del trabajo.

Esta lógica comercial corresponde a una etapa superada ya a mediados de los años '60, cuando la economía mundial dejaba de estar gobernada por las relaciones mercantiles para pasar a estar gobernada por las estrategias de las empresas multinacionales en el oligopolio mundial y más tarde por las finanzas internacionales. Hoy los flujos internacionales de inversiones extranjeras directas y de capitales de cartera crecen más rápido a nivel mundial que los del comercio.

En particular, en la actual fase de liberalización y apertura, la Inversión Extranjera Directa es altamente selectiva. Lejos de integrar nuevos espacios de acumulación nacionales al "**mercado**", excluye cada vez a más territorios entre los países receptores de la misma, presentando una alta concentración en la tríada Estados Unidos, Europa y Japón, que acumulan el 70 por ciento de la entrada de inversiones extranjeras mundiales según datos de la Unctad. Si bien en los últimos 10 años aumentó la Inversión Extranjera Directa a países de la periferia, la misma se concentró en aquellos centros que ofrecen posibilidades de absorber mercados de servicios privatizados y mano de obra calificada y barata. Las inversiones directas en búsqueda de recursos naturales abundantes son las que reflejan menos crecimiento (mientras que representaban el 10 por ciento en 1992, en 2003 habían caído al seis por ciento del total).

Consolidando el perfil de inserción de principios de siglo, la Argentina se integra al mercado mundial especializándose en las exportaciones en unos pocos productos intensivos en recursos naturales (soja, cereales, petróleo) y ofreciendo a los grupos servicios privatizados monopólicos u oligopólicos. La integración a Brasil incluye también la exportación de manufacturas industriales, básicamente de la industria automotriz, en el marco de una estrategia de especialización regional de las multinacionales, fuertemente limitada por los vaivenes de las burbujas macroeconómicas nacionales.

Teniendo en cuenta estos elementos, lamentablemente hoy el Mercosur no es más que un simple espacio mercantil ampliado para las grandes empresas. El mismo disminuyó su participación en los flujos entrantes de Inversión Extranjera Directa (IED), bajando de cuatro por ciento del total de IED promedio entre 1992 y 1997 a sólo el dos por ciento en 2003. Cuando el tamaño del mercado no alcanza para atraerlas (o retenerlas), los gobiernos se fuerzan en ofrecer "**nuevas rentas**", tales como los créditos subsidiados del Banco Nacional de Desarrollo Brasilero para la exportación, las exenciones impositivas como la reducción de aportes patronales de los '90 en la Argentina, la privatización de las empresas públicas, la desregulación y privatización de los puertos de exportación o la deforestación de la Amazonia por la veloz expansión del complejo sojero. En el marco de mercados internos que se achican en ambos países, crece la urgencia por evitar la deslocalización de inversiones cada vez más selectivas. La disputa reciente por la incorporación de salvaguardas o restricciones voluntarias a las importaciones no es más que el reflejo de esta lógica de Mercosur como simple espacio de mercado interno ampliado que se achica.

La dinámica de disputarnos el "**seducir**" a un capital cada vez más selectivo no es otra cosa que subordinarnos a la actual lógica de la globalización que prioriza las rentas de la acumulación financiera rápida y de servicios monopólicos por sobre la acumulación productiva. No se ven elementos de política industrial orientada, que no sólo inciten sino que también condicionen a las empresas extranjeras y grupos locales trasnacionalizados a que reinviertan sus propias ganancias en la ampliación de sus capacidades productivas y el desarrollo de redes locales. Si bien se han implementado instrumentos de exenciones impositivas y amortización acelerada de la inversión, los mismos exigen poco a cambio en materia de desarrollo de proveedores sobre una base regional, así como de vinculaciones con la infraestructura científica y tecnológica de los distintos países.

La integración, como instrumento de desarrollo, no tiene como fin la obtención de rentas para los grupos. Los beneficios privados son un medio para ampliar la capacidad de producción y aumentar la complementación productiva y tecnológica entre los países, pero el fin es la integración social a partir del empleo y la liberación de las capacidades creativas locales (tanto productivas como culturales). Para ello es necesario desactivar la lógica de apropiación de rentas y crear las condiciones para una acumulación de capital autocentrada. La misma requiere el control regional y democrático de las divisas, del excedente, de la alimentación, de las fuentes de energía, de la tecnología y de la información. Elementos indispensables para el desarrollo autocentrado. Para ello es necesario citar algunos ejemplos de nuestros aprendizajes institucionales:

* Experiencias como las Juntas Reguladoras de Granos y Carnes de los años '30 o el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) del primer gobierno peronista, que muestran cómo sería posible un control regional de las divisas y la alimentación en países en donde la riqueza de sus tierras paradójicamente no evitan el hambre de sus pueblos. Experiencias que se aplican (con matices nacionales en cuanto a la participación directa del Estado) entre nuestros competidores en la exportación de granos, permitiendo sostener su competitividad y la seguridad alimentaria (Canadá, Nueva Zelanda, Australia).

* La tarea aún tímida pero auspiciosa de la Empresa Nacional de Energía Sociedad Anónima (Enarsa), herramienta clave para recuperar los esfuerzos de los miles de obreros e ingenieros de YPF, que a pesar de no estar más con nosotros es imprescindible recrear a fin de superar la actual anarquía del mercado en la exploración y generación de energía. La creación de una empresa regional de energía es una condición indispensable para el desarrollo autocentrado. La capacidad de abrir o cerrar el grifo de nuestros recursos no renovables es un aspecto que no puede quedar en manos de la estrategia privada de corto plazo.

* La complementación regional entre múltiples experiencias de desarrollo tecnológico nacional como la Comisión Nacional de Energía Atómica, el Embrae y el INTA (a pesar de sus múltiples reestructuraciones). Ejemplos de cómo, pese a la asfixia presupuestaria, aún hay grupos de trabajo en el sector público que apuntan a la generación endógena de tecnología apropiada y no a la simple adopción pasiva de paquetes pagando sobreprecios.

* Habría que establecer una política regional de democratización de los medios de comunicación. Nuevas emisoras estatales regionales, nacionales y municipales de radio y TV son proyectos que debieran concretarse. El lanzamiento de Telesur puede ser un buen instrumento. Así la información dejaría de estar al servicio de las operaciones y los golpes de Estado mediáticos, como el ocurrido hace un par de años en Venezuela o las múltiples campañas por mano dura de 2003-2004 en la Argentina. De esta manera, además de asegurar una estabilidad institucional, se aseguraría la construcción de una cultura común.

Esto significa superar las meras relaciones mercantiles entre los países y llenarlas de contenido, a fin de acercar a los distintos pueblos en sus proyectos de desarrollo. Para ello es necesaria la construcción de una cultura común, que no es propia de la recombinación de código genético alguno, sino que es el resultado de múltiples aprendizajes institucionales de los pueblos, como los arriba mencionados. Al acercar los objetivos y las formas de enfrentar los problemas comunes, esta cultura regional es la que abre la oportunidad de densificar las relaciones hoy meramente mercantiles, de transformar el Mercosur en una verdadera Unidad Sudamericana.

LOS PRECIOS, A LA ESCALERA; LOS SALARIOS, AL ASCENSOR

POR OSCAR CASTELLUCCI *

La elevación permanente y sostenida del nivel de ingresos y su distribución con criterio de justicia social es, y así debiera reconocerse unánimemente, la finalidad de todo proceso de desarrollo.
(Juan D. Perón, *Modelo argentino*, 1974)

La inflación que la mayoría padece es un fenómeno económico crónico que impulsa permanentemente el incremento del nivel de precios y, cosa que muchos quieren ocultar, su principal efecto ha sido, es y será provocar siempre una redistribución regresiva del ingreso, en perjuicio de los sectores asalariados (es decir, la mayoría).

Algunos (vivos) todavía se empeñan en recrear la falsa memoria de que la inflación es un fenómeno provocado por el peronismo de la primera etapa (período 43/55) con su insoportable incremento del salario real y el consecuente proceso de redistribución de la riqueza que esto provocó en favor de los sectores más postergados.

El crecimiento de los salarios, dicen los vivos (y todavía hay zonzos que se lo creen), provoca inflación. Será por eso que algunos empresarios se manifiestan preocupados (y algunos economistas, también) cuando los salarios "**se desbocan**" (aumentan después de una década, por ejemplo). Es decir, cuando tienen que repartir lo que están acostumbrados a embolsar en su permanente beneficio. Del aumento de los precios se preocupan menos, es natural. Sólo cuando el Gobierno busca caminos para controlarlos, cosa que los horroriza en nombre de la libertad (de mercado).

Sin embargo, el fenómeno inflacionario –aunque "universal", sus efectos se sienten muy particularmente en los países dependientes como los latinoamericanos– es característico de la segunda mitad del siglo XX y se dio en consonancia con el acelerado desarrollo de la sociedad capitalista industrial de ese período, con su progresiva pérdida de competitividad y la simultánea estructuración oligopólica de los mercados. Esa constante suba de precios, ante la presencia de las organizaciones sindicales –que nacieron con el peronismo y que, a pesar de su mengua inducida por un sistema insaciable y debilidades propias– han tornado (casi) imposible la baja directa de los salarios, ha pasado a operar como modo preferencial de transferir la riqueza hacia los ricos y concentrarla en manos de los más poderosos y se ha constituido en un mecanismo perverso cuyo rumbo sólo parece posible de corregirse si se está dispuesto a modificar el sistema que lo sostiene. El peronismo tuvo, para esto, una respuesta (y, lo que es peor, la aplicó).

En una nota anterior, calculaba que la diferencia entre la participación del sector asalariado en la distribución del PBI en el segundo gobierno peronista (1954: 53 por ciento) y el actual (2004: 29 por ciento) equivalía a 103.200 millones de pesos anuales, cifra que pasaba a concentrarse en manos de los dueños del capital. Agrego ahora que la inflación fue, sin dudas, una de las herramientas privilegiadas que permitieron la concentración.

Los economistas liberal-conservadores, fieles monetaristas y fieles, también, a sus mandantes, se esfuerzan en cambio, en sostener que la inflación es producto de que la oferta de dinero es mayor al crecimiento de la producción. Luego, el exceso en el gasto público (que obliga a la emisión sin respaldo) y los aumentos de salarios (el aumento del circulante) son los que provocan este fenómeno. Para "**superarlo**", proponen como panacea la desregulación y apertura de la economía, reduciendo la intervención estatal a las actividades estrictamente necesarias (seguridad, educación, salud) y la eliminación del déficit fiscal (sin querer ver que éste es más una consecuencia que una causa de la inflación), y una fuerte restricción de la oferta monetaria (que debe leerse como congelamiento de salarios). No es increíble, ni mucho menos, que haya quienes piensen esto después de una ligera revista de los últimos 50 años de nuestra historia y, sobre todo, después de los '80 y los '90: son los que nos arrastraron, en su exclusivo beneficio, a la crisis de 2001. Lo increíble es que entre las propias víctimas de este sistema haya quienes todavía estén dispuestos a sustentar estas posiciones con su voto.

Hace ya más de treinta años que Perón dijo: **"Por épocas, se bajó la demanda pública mediante la contención del gasto –olvidando el sentido social del gasto público–; se bajó la demanda de las empresas mediante la restricción del crédito –olvidando también el papel generador de empleo que desempeña la expansión de las empresas–, y se bajó la demanda de los trabajadores mediante la baja del salario real. Pero como no se adoptaban las medidas para que todos participaran en el sacrificio, en definitiva fueron las espaldas de los trabajadores las que soportaron el peso de estas políticas de represión de la demanda para combatir la inflación que el país aceptó, y que repitió, aunque su ineptitud quedó bien probada por la misma historia".** (*Modelo argentino*, 1974)

Desde sus mismos orígenes, Perón tuvo claro cuál era el camino a recorrer, y así lo señaló en cuanta oportunidad tuvo.

Para los que se regodean sosteniendo la falacia de que en la obra de Perón se encuentra una frase para cada ocasión, ante la cuestión de los salarios y la redistribución se encontrarán desasosegados. No hay una sola palabra que apunte en otra dirección o de la oportunidad de una doble interpretación. Hablándoles a los trabajadores, en un discurso del 9 de abril de 1945, planteó claramente su posición en este tema: **"Sobre el aumento de salarios se me ha dicho todo lo que se le puede decir a un hombre. Se dice que he sido el culpable de la inflación. Que la inflación es la que produce el aumento de los salarios, pero en la especulación no se piensa. Cuando se aumentan en el diez por ciento los salarios, los productos aumentan un cincuenta por ciento. Pero eso nosotros lo sabemos perfectamente bien. Dicen que es desmedida la carrera de aumento de los salarios, pero no saben, todavía, lo que hemos de aumentar en el porvenir. (...) Por otra parte, esto coincide con lo que yo quiero: elevar el estándar de vida, cosa que se logra de una sola manera, esto es aumentando los salarios".**

En síntesis, respecto de los que dicen que los problemas de la Argentina actual devienen de la existencia misma del peronismo, es probable que estén confundiendo sus deseos individuales y sectoriales minoritarios con la realidad del país. Para los héroes que con su trabajo cotidiano construyen nuestra Argentina, para ellos, no "**sobró**" sino que, por el contrario, hizo falta más peronismo. Porque el peronismo ha sido, ante todo, redistribución de la riqueza en favor de los que más lo necesitaban. Así fue y deberá ser, porque si no no será nada.

* *oscar@castellucci.com.ar*

DOMESTICANDO AL CAPITAL

POR SANTIAGO BELTRAN *

La restricción a la entrada de capitales de corto plazo en la Argentina post-default tiende a limitar el rol del capital extranjero, adecuando su perfil hacia la inversión directa evitando la apreciación ficticia de la moneda.

Después de 27 años de experiencias de liberalización al mercado de capitales, las medidas recientes en términos de restricción a su entrada resultan un cambio de política auspicioso. Este cambio no es independiente de las nuevas condiciones macroeconómicas que se abren en la Argentina después de colapsada la convertibilidad, la devaluación y el escenario internacional de alta liquidez con precios ascendentes de los commodities. Pero es justamente la tentación de otra experiencia de crecimiento con apreciación cambiaria lo que el Gobierno busca evitar mediante la implementación de restricciones a la entrada de capitales.

Las crisis financieras se convirtieron en un fenómeno recurrente para los países emergentes con la desregulación de los mercados financieros internacionales. Gracias a ella, compañías y grupos inversores de gran poder económico multiplicaron sus grados de libertad para especular sobre el tipo de cambio de los países, los activos financieros del sector privado y los títulos soberanos. El exceso de especulación derivó en crisis sistémicas (generalmente precedidas por algún tipo de boom económico ficticio o burbujas especulativas) caracterizadas por quiebras de entidades bancarias y empresas, con una consecuente desconfianza sobre la economía en su conjunto, derivando en recesión y desempleo.

En los últimos años, fueron varios los gobiernos que consideraron esta mecánica como peligrosa para la estabilidad nacional, e implementaron políticas activas para evitar la especulación de sus economías, sin que esto sea visto como una actitud hostil hacia el capital extranjero. Más que limitar su rol buscan adecuar su perfil hacia la inversión extranjera directa y evitar la apreciación ficticia de la moneda.

Frente a la posibilidad de que se repita este escenario, el Decreto 616 del 9 de junio de 2005 establece un encaje del 30 por ciento (a efectuarse en un banco local, en un depósito en dólares) para las inversiones financieras y la obligatoriedad de permanencia en el país por 365 días. Sobre este depósito, que debe permanecer un año en el país, el inversor no recibirá ningún tipo de remuneración en concepto de interés (al igual que sucedía en el caso chileno)

El primer objetivo es reducir la exposición a los vaivenes del mercado: así como la negociación exitosa con los acreedores generó una ola de optimismo, es de esperar que en la parte contraria del ciclo económico pueda contagiarse un pesimismo sobredimensionado. La restricción a la entrada de capitales tiene como objeto reducir los picos cíclicos para restar volatilidad, incertidumbre, y los efectos negativos sobre los actores económicos en términos de planes de inversión y consumo que tienen los movimientos bruscos del sistema.

El segundo objetivo es evitar que la apreciación de la moneda nacional, resultante de la entrada de capitales de corto plazo, pueda afectar al incipiente proceso de sustitución de importaciones.

Finalmente, el impacto sobre la inversión productiva. Aquí es importante remarcar la diferencia entre las inversiones extranjeras directas caracterizada por sus efectos en la ampliación de las capacidades productivas y las usualmente denominadas "**inversiones**" de cartera cuyos plazos y rendimientos esperados son inconsistentes con la inversión real. Desde la recuperación de 2003, las colocaciones de cartera se fueron acrecentando. De hecho, mientras la IED se mantuvo estable, el flujo de capitales que ingresó al país tuvo un notorio aumento. La diferencia, son fondos dirigidos a la especulación. Entre el último trimestre de 2004 y el primero de 2005 la entrada de capitales (que no tuvo como destino la inversión productiva) fue de 1200 millones de dólares.

No obstante, el éxito de las restricciones de capital dependerá de un seguimiento fino por parte del Estado en su cumplimiento. Para no afectar el crecimiento, ni sectores involucrados a operaciones con el extranjero, se pusieron exenciones que pueden ser utilizadas para la elusión de la medida. En ausencia de controles, puede ser que empresas con filiales en varios países distorsionen los montos de facturación de sus exportaciones o importaciones para disfrazar los flujos de capitales con otro destino, situación que deberá ser monitoreada de cerca.

Además, como la repatriación de divisas no está alcanzada por la restricción, también se puede eludir el encaje comprando bonos y títulos fuera del mercado registrado o en otros circuitos financieros que son de uso común. El efecto de una repatriación masiva de divisas de argentinos con fines especulativos no debe subestimarse, ya que se trata de una experiencia repetida. Asimismo, los fondos de los residentes en el exterior superan 125.000 millones de dólares, cifra más que relevante.

Entre las exenciones se encuentra la compra de inmuebles (lo que puede favorecer la ya importante especulación en este sector) y también la compra de títulos públicos o privados, en una emisión primaria. Esto también puede ser eje de especulación si inversores especulativos coordinan con empresas la emisión de nuevas acciones para colocar capital en la Argentina.

Las diversas maniobras de evasión detectadas durante los primeros días de vigencia de las restricciones llevaron al Gobierno a estrechar los controles incluyendo a los residentes cuando los ingresos por ventas de activos externos del sector privado superen los dos millones de dólares por mes y por persona física o jurídica. Además, las personas físicas o jurídicas residentes del sector privado que realicen ingresos por ventas de activos externos que superen 50.000 dólares mensuales, deberán informar a la Administración Federal de Ingresos Públicos.

Los controles requieren de un seguimiento estricto para evitar la elusión. De por sí, es un hecho que la auditoría del flujo de capitales, su uso y destino, no es una tarea sencilla. No obstante, aunque hubiera casos de evasión, es necesario inducir a que éstos sean la excepción y no la regla, a través de una fuerte presencia del Estado y el uso de tecnología de avanzada en la fiscalización. Un Estado débil y obsoleto es sinónimo de burla para los capitales financieros.

* *correo@sitioima.com.ar*

TRABAJO, SALARIO, CALIDAD DE VIDA

POR VICTOR SANTA MARIA *

Caído el velo de los '90, quedan en evidencia el desmantelamiento del derecho laboral, la precarización de las condiciones de trabajo y la caída del poder adquisitivo de los salarios.

El pasado no se puede cambiar. Pero es útil conocerlo y repasarlo para comprender el presente. Particularmente en lo que se refiere a la historia reciente, que es el camino que nos trajo a la situación que vivimos en la actualidad.

Pero es fundamental comprender que, si el pasado determina en gran medida nuestro presente, el futuro es una responsabilidad colectiva. El desafío es convertir nuestra historia en experiencia. Para salir de la trampa de un modelo que dejó al país en ruinas.

Hoy vivimos todavía las consecuencias de un pasado reciente, donde se ha llevado adelante una destrucción sistemática de las capacidades productivas de nuestro país.

Fue un cuarto de siglo de políticas neoliberales que instalaron entre nosotros un sistema de concentración económica y exclusión social, a partir del cual una minoría se fue enriqueciendo al tiempo que se transferían masivamente las riquezas nacionales al exterior.

Complementariamente, esto significó el empobrecimiento continuado de la mayoría de la población. Al extremo de marginar de la atención de las necesidades más básicas a un amplio y creciente sector de la ciudadanía.

Para el ciudadano común, la atención de esas necesidades es posible en la medida de los recursos que pueden adquirirse fundamentalmente a través del trabajo. De la inserción y permanencia en los mercados de trabajo. Y de los recursos que recibe en forma de salario por el trabajo que realiza.

Un trabajo que es digno en la medida en que se desarrolla en el marco de formalidad que establece el derecho. En la medida en que se reconoce al trabajador como un ciudadano pleno. Es decir, como un sujeto con derecho a tener derechos. Porque el Estado de derecho, especialmente en democracia, es la base (necesaria aunque no suficiente por sí misma) para el establecimiento de una justicia distributiva. Lo que muchos argentinos entendemos como justicia social.

Esa justicia social que nuestro país conoció con el primer peronismo. Cuando la acción del Estado reconocía la ciudadanía de los trabajadores, en un proceso de humanización del trabajo que lo rescataba del orden de la economía liberal donde el trabajo es una mercancía más, sujeta a la fría ley de la oferta y la demanda. A la acción del Estado que se manifestaba en la legislación y el control, se le sumaba la organización social de los trabajadores, que veían realizarse los reclamos largamente postergados, lo que permitió articular progresivamente un esquema equitativo de distribución de las riquezas nacionales, casi por partes iguales entre el capital y el trabajo. Este esquema se mantuvo vigente hasta mediados de la década del '70.

Contra esa distribución del ingreso que expresaba en los hechos la justicia social, se organizó el golpe de Estado que dio inicio a la última dictadura de nuestra historia. A partir de entonces, nada volvió a ser lo mismo para los trabajadores y el país. El terrorismo de Estado fue la herramienta para incorporar violentamente a la Argentina en el nuevo orden mundial de la globalización de los mercados, con su avance de conquista y depredación, de subordinación de los Estados nacionales al poder financiero transnacional. Donde el poder económico interconectado planetariamente pretende arrasar con el derecho para sustituirlo por las leyes del mercado.

Con la última dictadura se inició una guerra económica, en la que el enemigo declarado del régimen eran los trabajadores. Más específicamente las organizaciones de los trabajadores, que constituían el núcleo de la organización social del país, que era necesario quebrar para hacer viable el proyecto de dominación y despojo.

En esa guerra económica perpetrada por los personeros del poder global, se destruyó una parte significativa del aparato productivo nacional, generando una desocupación estructural cuyos efectos todavía padecemos en la actualidad. Paralelamente, la espiral inflacionaria fue carcomiendo el poder adquisitivo de los salarios, agravada por el endeudamiento externo y la aplicación de las recetas de los organismos internacionales de crédito, de ajuste permanente y mayor apertura económica. Las sucesivas hiperinflaciones de distinta intensidad acentuaban la tendencia por la cual el poder adquisitivo del salario bajaba por el tobogán mientras los precios subían por el ascensor.

Luego llegó la oleada neoliberal de los '90 con sus cantos de sirena. Espejismos donde la privatización de los servicios públicos sería la garantía del bienestar, la desregulación de la economía generaría el efecto derrame que distribuiría los beneficios a todos, la flexibilización laboral significaría el florecimiento de las oportunidades y la estabilidad monetaria constituía el remedio para todos nuestros males.

Los resultados fueron muy distintos. Desvanecidas las ilusiones que vendían los fundamentalistas del mercado libre, el panorama se evidenciaba desolador. El desmantelamiento del derecho laboral, con la consiguiente precarización de las condiciones de trabajo, fue el golpe de gracia que faltaba para que el poder adquisitivo del salario se sumergiera en caída libre. Tras el estallido de diciembre de 2001, la megadevaluación tuvo el efecto de un tsunami sobre los salarios deteriorados por una acción persistente de un cuarto de siglo de modelo antinacional. Y los aumentos de precios volvieron a ser un problema de todos los días.

Hoy estamos saliendo del Infierno. Y las mayorías populares son más conscientes que nadie de que no hay soluciones mágicas. Son las mismas mayorías que aportan el esfuerzo y aun el sacrificio que hace posible la recuperación de nuestra economía nacional, bajo la conducción política del presidente Kirchner.

Estamos saliendo del infierno de la economía como maldición. Pero seguimos sufriendo las consecuencias. Veinticinco años después, la distribución equitativa de mediados de los setenta derivó en un esquema de 80/20 a favor del capital y en perjuicio de los trabajadores.

ADRIAN PEREZ



Por otra parte, el modelo de concentración económica demostró que los mercados sin control derivan naturalmente a la imperfección. Es decir, que tienden al monopolio y al oligopolio. El caso más evidente es el de los servicios públicos, pero es una tendencia que atraviesa transversalmente el conjunto de la economía. Concentrando las decisiones económicas en pocas empresas, que ejercen discrecionalmente su posición dominante como formadores de precios.

El poder económico es un poder de factos es un poder real. Pero una cosa es el reconocimiento de una realidad y otra muy distinta es la resignación, la aceptación de esa realidad como un destino inevitable. Como algo que no sólo es posible cambiar, sino que es necesario cambiar. En este contexto es más que evidente la necesidad de recuperar el poder adquisitivo del salario, de recuperar el trabajo digno para el conjunto de la sociedad. Porque los precios siguen avanzando sobre los ingresos de los trabajadores. Salarios que continúan menguando su poder de compra y que por eso mismo aumentan las restricciones a la atención de las necesidades y la recuperación paulatina de la calidad de vida de la población.

Frente a esto, no faltan las voces del mercado que plantean que cualquier recuperación del salario puede tener efectos inflacionarios, agitando un fantasma que ha dejado huellas en la memoria de los argentinos. Es cierto que la inflación es riesgosa por el deterioro de la calidad de vida que provoca. Pero el congelamiento de los salarios es garantizar el deterioro por otros medios, en un contexto donde los precios presentan una marcada tendencia a subir.

El cambio fundamental que tuvo lugar desde el inicio de la gestión del presidente Kirchner es justamente la recuperación de la iniciativa política por parte del Estado nacional, que reconoce el cambio como posible y necesario. Donde la política vuelve a asumir la función de recordarle a la economía su misión, su sentido. Porque el sentido de la economía es por eso mismo una cuestión política. Y en democracia la revalorización de la política es una tarea que es responsabilidad del conjunto de los ciudadanos. Potenciando los niveles de participación y organización social que acompañen el liderazgo del Estado en esta nueva etapa de reconstrucción.

Porque es preciso que la política continúe recuperando el terreno perdido en cuanto a humanizar la economía, en la comprensión de que la estabilidad de las cuentas no es un fin en sí mismo. Darle a la actividad económica conciencia de su carácter instrumental para contribuir a una atención más eficiente de las necesidades sociales. Para darle un rostro humano al desarrollo. Para que donde hay una necesidad, vuelva a haber un derecho.

** vsantamaria@sitioima.com.ar*

Consejo Directivo: *Presidente,* José Luis Di Lorenzo; *Vicepresidente,* Víctor Santa María; *Secretario,* José Alberto Sbattella; *Tesorero,* Juan Escobar; *Vocal:* Nicolás Trotta.
Director Académico: Miguel Angel Zanabria. **Consejo Consultivo:** Mario Rapoport, Graciela Cipolletta y Andrés Musacchio; **Consejo Asesor:** *Presidente Honorario*, Gustavo F. J. Cirigliano;
Titular: Guillermo Jacovella. **Investigadores:** Pablo José Lavarello, Santiago Chelala, Daniela Sbattella. **Asistentes:** Victoria Santamarta, Paula Ríos, Rafael Arístides Selva,
Federico Jelinski, Juan Manuel Kohan y Fernando Muriel. **Editor responsable:** Alfredo Jorge Carazo.
Las notas no firmadas son producto de la elaboración colectiva de los integrantes del IMA. Las notas firmadas no necesariamente reflejan la opinión editorial.